



Jueves III de Cuaresma

7 de marzo de 2024

Jer 7, 23-28

Sal 94

Lc 11, 14-23

P. Eduardo Suanzes, msp

Quiero dedicar esta reflexión a la Primera Lectura del libro de Jeremías en que Dios subraya una y otra vez que de lo que se trata es de «escuchar» su voz (se repite el verbo hasta cinco veces). «*Esto dice el Señor...escuchen mi voz y yo seré su Dios y ustedes mi pueblo*» ¿Por qué esta insistencia? ¿Por qué denuncia Jeremías con decepción la falta de escucha de la Palabra? ¿La falta de fidelidad de Israel? ¿Por qué el salmista ora diciendo: «*Señor, que no seamos sordos a tu voz*»? ¿Por qué es tan importante y decisivo escuchar? Veamos por qué.

Para alguien que descansa relajado y contento y se viva desde su identidad externa, desde su foto del pasaporte (digámoslo así), desde lo que es solo externamente, su vida se convierte en un desastre espiritual. ¿Acaso nuestra vida se encuentra sólo en nuestras huellas digitales? ¿Existimos realmente porque se nos nombra en internet? ¿Mi fotografía en Facebook, en Instagram (ahora X), en el periódico del domingo, mis mensajes en WhatsApp, indican todos, con certidumbre, quién soy? Si pensásemos así, entonces ya estaríamos liquidados, fuera de combate, porque habríamos dejado de estar vivos, aunque parezca que seguimos existiendo. Y es que, en vez de enfrentarme al interrogante de quién soy, **supongo** que soy una persona porque parece que existen otras personas que me reconocen cuando ando por la calle, cuando «me ven» en la redes sociales o cuando les mando un correo electrónico...

Dado que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, no nos queda otro modo de descubrir quiénes somos salvo encontrar, en nosotros, la imagen divina. Es decir, que, como he dicho en otras ocasiones, para saber quién soy yo debo mirar a Dios, porque soy su imagen. Ahora bien, esta imagen, presente en cada uno de nosotros por naturaleza es verdad que puede conocerse mediante la deducción racional. Pero eso no es suficiente para proporcionarnos una experiencia real de nuestra propia identidad, de lo que somos realmente. ***La vida espiritual es exactamente esto, la identificación, cada vez más genuina, con la imagen de Dios que llevamos en nuestro interior.***

Esta imagen de Dios en nuestro interior es como un peso gravitacional que nos arrastra hacia él, desde lo más externo a lo más íntimo. Pero este arrastre, esta (digamos) caída gravitacional hacia la imagen de Dios en nosotros solo se realiza por un conocimiento de Dios inseparable de una experiencia de amor que se materialice en nuestra vida cotidiana.

Así las cosas, resulta que solo nos realizamos como seres plenamente humanos y sabemos quiénes somos en la medida «en que caemos *gravitacionalmente* hacia la imagen de Dios que hay en nuestro interior». No se trata por tanto de reflexionar sobre nosotros mismos, de percibirnos a nosotros mismos, sino exactamente lo contrario, es decir, cuando percibimos al otro, al absolutamente «Otro» entre todos los seres, porque está por encima

de todos ellos. Cuando nos quedamos en nosotros mismos nos convertimos en zombis. Es otra forma de expresar lo que Jesús dice en el Evangelio: «*quien quiera salvar su vida, la perderá*»¹

Bueno, todo esto está muy bien. Pero en la práctica ¿qué implica esto? Pues implica ***fidelidad y atención a la voz de Dios***, por eso es que Jesús dice: «*quien pertenece a Dios, oye sus palabras*»²

«Advertir» a Dios es entrar en contacto con Él que, infinitamente oculto y trascendente, no se le puede conocer como es, salvo que él mismo se revele a nosotros. Por eso es que Dios nos habla en sus Escrituras y se nos da en su Hijo Jesús. Por eso es que toda nuestra vida de fe es una vida de atención, es «***escuchar su voz, su palabra***» a fin de recibir esa palabra de Dios en nuestros corazones. «*No sólo de pan vive el hombre, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios*»³ Este escuchar y obedecer, es decir, hacer la experiencia de la palabra de Dios, es lo que reestablece la imagen de Dios en nuestro corazón, y nos proporciona la verdad que nos libera. Es por eso que la Cuaresma nos insiste hoy en este punto capital.

Este rescate de la imagen de Dios en nuestro interior, este caer gravitacionalmente hacia él, irremisiblemente hacia él, consiste en la experiencia de una manera de ser totalmente nueva. Nos volvemos «*hombres nuevos, seres nuevos*» en Cristo, y podemos verificar el hecho por el cambio, por el golpe de timón que se da en nuestras vidas, porque nuestra mentalidad resurge de las cenizas en algo totalmente nuevo. Ciertamente, cuando Dios es conocido en este sentido, Él no es conocido como un «objeto». Nada de eso: el conocimiento místico de Dios, realizado en el espejo de su imagen dentro de nosotros, coincide misteriosamente con el conocimiento que él tiene de nosotros. Por eso es que Pablo llega a decir: «*entonces conoceré como soy conocido*»⁴.

Por tanto, y como conclusión final, ***el reconocimiento de nuestro ser esencial, de lo que somos realmente, la imagen de Dios en nuestro interior, es un reconocimiento del hecho de que somos conocidos y amados por Dios***. Como tal, es enteramente distinto de cualquier captación de uno mismo, no interesa lo profundamente espiritual que parezca.

Esto es lo que le interesa a Dios que descubramos con la «escucha»; porque si no escuchamos su voz, su imagen permanece sepultada y oscurecida, inadvertida en nuestro interior siendo opacos a ella. La imagen salta a la vida cuando, mediante la escucha, comienza a rescatar su semejanza perdida con el que es Amor. La impresión de ser «arrastrados» y «atraídos», «arrastrados gravitacionalmente» hacia él, es la expresión de nuestra unión espiritual con el Padre, en el Hijo, y por el Espíritu Santo: que esa es nuestra verdadera identidad como hijos de Dios⁵.

¹ Lc 9,24

² Jn 8, 47

³ Mt 4,4

⁴ 1Cor 13,12

⁵ Cfr. THOMAS MERTON, OCSO. *El hombre nuevo*. Ed. Lumen. Buenos Aires, 1998